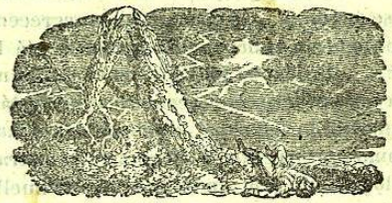
LA LLUVIA.

Precedida del relámpago, anunciada por el trueno, sentada sobre nubes, volando con las alas de los vientos, la lluvia desciende de los cielos, derramando por todas partes la abundancia. Todo es aridez, miseria y desventura en las comarcas que la lluvia no ha fecundizado. Todo es abundancia, belleza y regocijo en los sitios en que la lluvia ha derramado sus tesoros. Enardecida la tierra por la reverberacion del sol, lánguidas y tristes las plantas, débiles y enfermos los animales, ansían por la lluvia que ha de ranimarlos. La lluvia cae, y el aire se purifica y se hace transparente; la tierra la embebe con ardor y exhala de su seno un olor suave; empapadas de ella las plantas, la absorven con presteza, y luego se levantan esbeltas y lozanas: bañados de ella los animales, se regocijan y adquieren nuevo brio. Las nubes opacan comunmente la luz del Sol; pero la lluvia suele caer cuando el astro ilumina la tierra con un vivo esplendor. Entonces se vé la lluvia descender como hilos de plata que caen desde los cielos. Otras veces se le observa á lo lejos como un crespon brillante que se estiende desde una nube hasta la tierra. Tras él se perciben las serranías, los bosques y colinas, presentando así un cuadro mágico y radiante. Jamás los campos son tan hermosos como en el instante en que el Sol aparece despues de una tempestad, haciendo brillar por todas partes el rocío que la lluvia virtió sobre la tierra. La bóveda del cielo parece una inmensa cúpula de zafiro; un airecillo fresco ventéa con suavidad, meciendo las copas de los árboles; agitadas con este blando impulso, las gotas de rocío caen puras y brillantes de un árbol á otro, se deslizan de una á otra rama, tiemblan como una lágrima de cristal sobre las hojas, se esparcen luego sobre las flores; centellean sobre el clavel como rubíes, y en el seno de la azucena y el jazmin como unas chispas de diamantes. Mas bella es todavía esta escena si la luna ilumina los campos con su plateada luz cuando la lluvia cae como un rocío de perlas; las aves salen entonces de sus nidos para gozar tanta belleza, gorgean placenteras y sacuden sus alas empapadas con el rocío. Despues sigue un silencio misterioso, una apacible melancolía, una languidez suave y deliciosa....

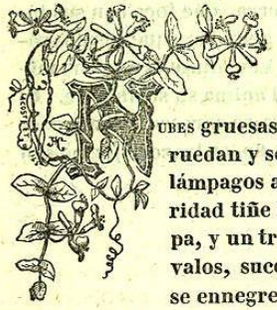
LA TEMPESTAD.

Su voz es un rugido formidable; sus miradas un lívido destello. Saliendo de un abismo se cubre de opacidad y estiende sobre la tierra un manto de tinieblas. Una espantosa calma, un lúgubre silencio precede al momento de su furor, y armada entonces su diestra de rayos destructores, se precipita sobre la tierra, tronando con estallido pavoroso y derramando un siniestro esplendor sobre el abismo. Tal es la tempestad; meteoro formidable, pero sublime y bello al mismo tiempo.... ¿Quién, sino Dios, puede levantar desde los mares y la tierra esa niebla tan cándida y tan leve que cubre las montañas, que sube como un humo ligero hasta los cielos; que se condensa en ellos formando montes, prominencias, concavidades oscuras, masas iluminadas con nítido fulgor, que pasan á nuestra vista como la vision de un sueño, que se acumulan, se opacan, se ennegrecen y se estienden por todo el horizonte hasta cubrirlo de oscuridad y á la tierra de un tinte melancólico?... ¿Quién, si no Dios, puede iluminar estas lóbregas masas con una luz tan triste que centellea instantáneamente, que atraviesa con inconcebible celeridad desde el ocaso hasta la aurora, que se precipita como un torrente de fuego de una á otra nube; que deja impresas sobre los cielos, por un momento, sus huellas luminosas, que brilla, en fin, alumbra y se disipa con la velocidad del pensamiento?... ¿Quién, si no Dios, puede encender el rayo en el seno de la rugiente tempestad, arrojar desde el cielo hasta la tierra aquel meteoro que se desploma como un globo de fuego, ó que surca los aires con un tortuoso giro; que inunda con espantosa luz las selvas y montañas, y que disipándose fragoroso, destruye, pulveriza, ó funde cuanto toca?... —El campo presenta un cuadro verdaderamente pintoresco cuando observamos en él una tempestad á poca distancia del sitio donde hace sus estragos. A un silencio pavoroso sucede un estallido, cuyo éco resuena entre las sierras, los bosques y cavernas. Desvanecido este éco, todo vuelve á quedar en un silencio lúgubre, que interrumpe de cuando en cuando el mugido del toro, el ahullido del lobo que sale de su ceuva, el gruñido de un jabalí oculto entre las zarzas, ó el graz-

nido de algunas aves pasageras. A la opacidad de la noche, aumentada por las tinieblas de la tempestad, sucede por intervalos la luz de los relámpagos roja, violada ó amarilla, segun su intensidad. Súbitamente el reflejo de estos meteoros ilumina las densas nubes que ruedan como torbellinos de humo, pasando por el cielo. Vuelve la oscuridad, y un momento despues la tierra se esclarece instantáneamente, y vemos á lo lejos una choza que humea, un torrente que se despeña, ó un valle que se inunda. Se disipa la tempestad, y entre las nubes que pasan por el aire, vemos brillar mil soles sobre el cerúleo cielo. Nada es tan bello como esa serenidad, esa calma, ese esplendor que suceden al estruendo, á la agitacion y á la oscuridad de las tempestades.



LAS CULEBRAS DE AGUA.



Nubes gruesas y pardas se levantan por todo el horizonte, ruedan y se agitan, se condensan y se chocan: los relámpagos atraviesan en todas direcciones; su triste claridad tiñe las nubes de un color rojo que luego se disipa, y un trueno ronco y prolongado resuena por intervalos, sucediéndole un silencio melancólico. El cielo se ennegrece, como la bóveda de mármol que cubre los sepulcros; la tierra se opaca y se entristece; las fieras ahullan, braman, rugen y se retiran medrosas á sus cuevas. Los vientos soplan enfurecidos, silban, y sacuden las selvas con espanto. Torbellinos de polvo se levantan como columnas espirales, hasta perderse entre las nubes... ¡He aquí la hora terrible!... Una nube comienza á desprenderse desde los cielos; al principio no es sino un rasgo opaco; el sitio donde se halla se oscurece; las nubes se acumulan en aquel punto, se condensan y la culebra empieza ya á formarse. ¡Con qué horrible oscilacion serpentea, se encoge, se prolonga y queda suspendida en medio de los cielos!... ¡O Dios! Preserva aquella choza, aquel valle, aquellos sembrados que están bajo el meteoro formidable. Presérvalos, Señor; allí están los amigos, los deudos, los hermanos; allí está la esperanza del labrador desventurado! Así claman mil voces que suben á los cielos! Millares de labriegos con sus esposas, sus hijos, sus hijas inocentes levantan sus brazos hácia aquel punto en el que la muerte va á desplomarse sobre la tierra. Nuevas culebras se banlancean ya en derredor de aquella, de aquella horrible, tenebrosa, gruesa, y que ya casi toca al suelo. Vedla como á la luz de los relámpagos se retuerce, centelleando como un torbellino de fuego que baja de los cielos!... Todos los rostros están lívidos y prolongados; los lábios entreabiertos no pueden pronunciar una palabra; los ojos desencajados fijan una mirada triste sobre aquella escena tan lúgubre y luctuosa!... Pero hé aquí que un anciano encanecido en la virtud y agobiado con el peso de sus años, un anciano á quien la religion ha establecido mediador entre Dios y los hombres, se presenta entre la cuitada multitud y viene á consolarla. Todas las miradas se fijan en los ojos del viejo venerable, y en estos ojos brilla la luz de la esperanza. En medio del estruendo de la tem-

pestad, entre la pálida luz de los relámpagos, interrumpidas por el fragor del rayo, por el bramido horrible de los vientos, suben al cielo sus palabras.... Palabras misteriosas, que no comprende la multitud; pero que escucha con piedad el Dios del trueno. Ved ya á la muchedumbre que se arrodilla. El anciano se postra reverente, abre sus brazos temblorosos y los estiende sobre la tierra, que toca con sus lábios... ¡Qué lúgubre silencio!.. ¡Qué tristes gemidos y qué tiernos sollozos lo interrumpen de cuando en cuando! Levántase el anciano mirando hácia los cielos. Una sonrisa de piedad anima su semblante. El meteoro comienza ya á desvanecerse; se encoge, se enrosca, se hace despues mas leve y menos tenebroso, se parte, en fin, en trozos, que no son ya sino nubes que vuelan por el aire!...

LA ARPA DE UNA CUERDA.

JAMAS olvidaré la impresion que hizo en mí la arpa pastoril, cuando por la primera vez la oia en el campo. Era un dia del estío y el sol reverberaba: su luz ondeaba en la llanura y las aves estaban silenciosas; solamente chillaban las cigarras, y los tordos preludiaban un silbido, zabuyéndose entre la agua. Estábamos en un redil y no habia allí una cabaña en que sombrearse. Yo descansaba bajo un encino; los pastores dormian, ó se tendian perezosos en el suelo; las pastoras y las zagalas hilaban, adormecidas con el calor y con el zumbido de la rueca; los corderitos acesaban bajo los matorrales; los perros dormitaban, y se oia apenas, á lo lejos, el balido de las ovejas. Yo me recosté sobre la grama, y mi cabeza enardecida reposaba sobre una piel arrollada que me servia de almohada. Estaba yo pensando sobre la tranquilidad de la vida del campo, y meditaba tambien sobre las vicisitudes de mi suerte, que algunas veces me han arrojado al seno de las sociedades mas populosas y mas civilizadas, y de allí á las cabañas en donde habitan los pastores; y cuando me entretenia con estos pensamientos, un zagal se sentó frente á mí, bostezó y comenzó á tocar en su arpa de una cuerda. Habia allí zagalas que sonreian hablándose en secreto; habia allí miradas de inteligencia entre el pastor y las zagalas; habia allí amor, habia allí, pues, inspiracion, y quizá por eso tañia su arpa el pastor tan dulcemente. Yo los dejé gozar con tranquilidad de aquellas ilusiones, y me cubrí la cara con un pañuelo para pensar; porque yo tambien tenia en mi corazon tiernos recuerdos, dulces memorias y pensamientos afectuosos. Cada vez que soplaba el airecillo, la voz de la arpa me parecia mas fuerte y mas sonora; despues mas melodiosa cuando callaba el viento, cuando sus tonos se mezclaban con el murmullo de la fuente. Sus cadencias eran tan suaves y tan vagas, sus modulaciones tan armoniosas, que yo me entristecí, me conmoví profundamente y deseaba llorar; porque hay un no sé qué de melancólico en las armonías de la arpa de una cuerda. Este instrumento sencillo y melodioso es el que mas conviene al sosiego que disfrutamos en la soledad, á la calma con que reposan allí nuestras pasiones, y á la melancolía que la vida del campo nos infunde. ¡Ojalá y yo vuelva á esa soledad en la que disfruté tantas delicias! ¡Ojalá y allí vuelva á escuchar las melodías de la arpa de una cuerda!

LA CAIDA DE LAS HOJAS.

La primavera habia desarrollado sobre las plantas esas hojas que tanto las adornan. Verdes, lustrosas y flecsibles, presentaban una gran variedad de brillos, de formas y matices. La luz se deslizaba con apacibilidad sobre estas hojas; el zéfiro las acariciaba durante el dia, y las embalsamaba con aromas; las auras de la noche las sacudian haciendo salir de ellas murmullos misteriosos, la lluvia les comunicaba su frescura rociándolas con gotas cristalinas. La luna plateaba estas hojas hiriéndolas con trémulos destellos. La palma se elevaba magestuosa, estendiendo sus verdes hojas en forma de abanico; el sauz, inclinando sus brazos hácia el suelo, se retrataba con sus frondosas ramas sobre la fuente cristalina; la vid escondia sus rojos racimos entre sus hojas, que resplandecian con el verdor de la esmeralda: el gusano azul, guarnecido de oro se resbalaba sobre las hojas del tepozan teñidas con un verde ceniciento; el airecillo agitaba con suavidad el follage del álamo, y el sol lo hacia brillar con un lustre argentado. Así embellecian á la tierra las hojas de las plantas, cuando el otoño apareció, y estas hojas se marchitaron doblándose con triste languidez hácia la tierra. Vedlas ahora como han perdido su verdor y se han endurecido; el viento susurra ya desapacible cuando sopla sobre estas hojas enrojecidas con un color de cobre. Las perlas del rocío caerán sobre ellas, y las gangrenarán, como si una lluvia de fuego las quemase. Se empalidecieron y perdieron su lozanía; vedlas como caen ennegrecidas, y se acumulan al pié de aquellos árboles, tan frondosos poco ha, tan tristes ahora, desnudos de sus galas. Ved como arrastra el torrente entre sus ondas aquellas hojas que antes se retrataban sobre sus linfas trasparentes.... ¿Y nada veis en esto que os recuerde como pasan los dias de nuestra vida? Y al contemplar sobre estas hojas secas, ¿no haceis memoria de tantos atractivos que ya se han marchitado, de tantas beldades á quienes el tiempo ha despojado de todos sus encantos?.... ¿Y no pensais en la rapidez con que se deslizaron sobre la tierra los dias de vuestra vida, como las hojas secas que arrastraba el torrente entre sus olas? Cada año brotarán sobre las plantas nuevas hojas; pero nuestros dias que ya pasaron, no volverán.... ¿Y qué sabemos, tambien si ya no veremos otra vez la caida de las hojas?...

EL CONVENTO DE GUADALUPE.

Habeis visitado alguna vez el convento de Guadalupe de Zacatecas? ¿Habeis visto aquel sitio montañoso, salvage, y antes solitario, en que el monasterio fué construido? ¿Habeis recorrido en lo interior aquel colegio suntuoso, pero al mismo tiempo triste; solitario, aunque ocupado por un gran número de religiosos, y silencioso y melancólico por el recogimiento y taciturnidad de los frailes que lo habitan?... Si no habeis entrado jamás á este monasterio vasto y bien construido; si no habeis penetrado á sus celdas; si no habeis recorrido sus claustros prolongados, sus patios y su huerta; si no habeis visto la luna, cuando ilumina lo interior de aquel triste recinto, y cuando los monges, guiados por su luz, lo atraviesan callados, pasando como sombras, cubiertos con sus mantos cenicientos; si no habeis oido á la media noche el toque de la esquila que resuena en las bóvedas sombrías, no habeis gozado de una de las emociones mas vivas y profundas que pueden conmover el pecho humano.

En este convento hay consuelo para la adversidad, caridad para la desgracia, y tolerancia para el error. En él hallareis asilo y hospitalidad cuando deseis estar á cubierto del huracan de las pasiones, bajo las alas de la religion, ó si quereis descansar alguna vez de las vagas y penosas agitaciones de la vida. Allí vereis ancianos cargados de años y de merecimientos, ricos de ciencia y de virtudes, y que han estudiado al hombre en la soledad en que habitan los salvages, en las ciudades populosas, y en las chozas en donde mora la miseria. Allí tendreis silencio para meditar sobre las ilusiones de la vida, recogimiento para elevar vuestra alma, melancolía para suspirar si os oprime el dolor, ó si os aflige algun tierno recuerdo, y soledad para llorar los infortunios que causan las pasiones. Allí hallareis, en fin, inspiracion y grandes pensamientos.

EL CHUPA-ROSA.

Apido como el pensamiento, fugaz como el placer, brillante como las ilusiones de la vida, girando sin cesar entre las flores, empalagado con su néctar y respirando sus aromas, el colibrí es la imágen mas bella de un amor sencillo, voluble, pasagero, y siempre satisfecho de goces y deleites.

Agraciado en sus formas, ágil en sus movimientos, espléndido y hermoso por el color de su plumage, pequeño y delicado, activo é infatigable, ardiente en sus amores, pero iracundo al mismo tiempo, el chupa-rosa es la joya mas preciosa de la naturaleza, es una maravilla de la creacion, es un portento.

Zumbando como el ruido de una rueca, murmullando como un enjambre de avispas agitadas, nos adormece cuando sacude el nardo con sus alitas de esmeralda, cuando batiendo estas aletillas con una rapidez inconcebible brilla con los colores del rubí, centellea como un topacio y hace reflectar el esplendor del oro en su plumage.

Algunas veces lo vemos pasar como una vision aérea y radiante, para ir á pararse en un feston de enredaderas, que cuelgan de una roca; otras veces pasa por entre la umbría del bosque, como un rayo del sol, como la ráfaga de un prisma.

Su nido es admirable por su pequeñez, y por su construccion es primoroso. Lo hallareis entre los pámpanos de la vid, entre las ramas del rosal, rodeado de pimpollos; en los ramos del limonero y del naranjo, circundado de flores fragantísimas, entre la pasionaria y la mosqueta, y en el azar del chirimoyo, de suavísima esencia perfumado. En ese nido tan esquisito, mecido por el soplo de los céfiros, pone la hembra del chupa-rosa dos ó tres huevos pequeños, blancos y ovalados como unas perlas. Allí vereis echada á la pajarilla cuando el primer rayo del sol centellea en su plumage de oro y de púrpura; allí la vereis cuando en la noche tempestuosa deslumbrada con el fulgor del rayo, tiende sobre su nido sus alas de luz para guarecerlo del viento enfurecido. Adonde quiera que cultiveis las flores vereis chupa-rosas color de ametista, ó colibris pequeños que fulguran como el rubí, ó pájaros-moscas de oro y de esmeralda. Allí podreis admirarlos cuan-

do están suspensos en el aire, estremeciéndose de placer, libando el néctar como la abeja susurrante. Para ellos cada rama florida es un pensil, cada flor una copa de ambrosía; para ellos todo es deleite, todo es amor, todo es contento; para ellos crió Dios el lirio y lo tiñó de púrpura brillante, hizo el clavel y lo jaspeó de grana; para ellos brota el jazmin y la fragante flor de la azucena; para ellos abre el tulipan su seno perfumado.

¡O amables chupa-rosas! Vosotros sois hermosos como los ensueños de amor, bellos como las hijas de los hombres, brillantes como su fantasía, y como su corazon volubles y ligeros. Jamas os ve una beldad sin que vague en sus lábios la sonrisa, porque recordais luego á su mente las fugaces delicias de la vida.

EL AGUACERITO DE ZAPOPAN.

En paredon, la agua que destila de él y algunas yerbas... Ved aquí qué elementos tan sencillos, qué materiales tan escasos. Y, sin embargo, han bastado á la naturaleza para formar con ellos una obra preciosísima. No es una escena grandiosa como una catarata, ni terrífica como una tempestad; es un cuadro risueño, movible y pintoresco, cuyo aspecto no excita mas que dulces afectos y suaves emociones. Solamente se puede comparar á esas cavernas de lo interior de las minas, formadas de rocas verdes y cenicientas, hendidas y cubiertas por todas partes de cristalizaciones entre las que brilla la plata enmarañada.

Figuraos una colina de poca elevacion, verticalmente cortada, hendida en varios puntos, ligeramente escavada hácia su base, medio cubierta por un cortinage de ramas de diferentes formas y verdor, con festones de mirtos y flores amarillas. Bajo este ramage flotante se vé un tapiz de musgos y de céspedes verdes ó rojos, cenicientos ó amarillos, y de entre estos musgos, blandos como un cojin de seda, brota la agua en una multitud de manantiales con un ruido semejante al que hace un aguacero. Estos pequeños torrentes parecen á veces tan inmóviles como si fuesen de cristal; se necesita tocarlos para conocer que son una corriente; se creeria que eran unos cilindros de oro cuando por entre ellos se traslucen los musgos amarillos. Estos cilindros de agua se presentan en otros puntos móviles, y retorciéndose en formas espirales. Se vén tambien pequeñas oquedades tapizadas de musgo alimonado y un trozo de agua que sale de ellas murmullando. En otros puntos la agua se desliza con suavidad por un declive, pasa por él transparente y silenciosa, cae sobre una piedra formando en ella una cascada en miniatura, y así se precipita al arrolluelo. Se vén tambien hilos de agua que salen de una bóveda, se pierden entre el musgo, y filtrándose por él van á salir en otro punto, formando un manantial que corre bullicioso. En algunos huecos cae la agua de tal modo, que parece una tela ligerísima, tan cristalina y transparente, que por entre ella se vén las yerbecillas. Hay piedras que la agua cubre, tomando la forma de una concha, y en otras partes esta misma agua forma un cilindro hastante grueso, hueco y transparente. En fin, en cada punto los manantiales presentan diversas perspectivas, variando á cada instante su giro y direcciones. La agua cae gota á gota, brota con fuerza ó se desliza suavemente; pasa con lentitud ó serpentea murmullando; se filtra, ó corre con ligereza; reboza en algunas fuentecillas, ó cubre alguna piedra como una gaza de plata brillante y transparente; se esparce como el rocío ó cae como una lluvia; se pierde entre los musgos ó se precipita, levantando al caer bombillas espumosas; pasa con lentitud y queda inmóvil, y diafana como un trozo de yelo. En todo esto hay una hermosa transformacion cuando el sol brilla sobre estos manantiales. Entonces el aguacerito parece un conjunto de prismas y de estalactitas, formadas por la destilacion entre una gruta, ó mas bien una cristalizacion de roca sobre un jaspe verde y matizado; el agua se esparce como aljófar, las arenillas brillan como unas chispas de diamante, y como granos de oro el rocío esparcido sobre los musgos amarillos.

Una mariposa que salga de entre las aguas, sacudiendo sus álas de ametista, una efímera azul que venga á mecerse entre las ramas, bastan para animar todo este cuadro. Figuraos qué melancólico será cuando la luna lo ilumine con sus destellos argentados; cuando su luz de perla se deslice sobre estos manantiales cristalinos; cuando el arrolluelo centellee como corriente de plata que en el crisol se está fundiendo; cuando el silencio de la noche no se interrumpa sino por el murmullo de las aguas. Entonces... ¡Ay!... Los recuerdos de amor brotarán en el alma como las linfas de esta fuente, y los suspiros saldrán del corazon como soplo de leve vientecillo. Durante el dia *el aguacerito* no excita sino ideas halagüeñas y un sentimiento de bienestar indefinible. Es un sitio que la inocencia y el amor pudieran consagrar á sus placeres.